

# TESTIMONIOS

---

## Manuel Mendive:<sup>1</sup> Embellecer la vida es mi gran objetivo

JUANAMARÍA CORDONES-COOK  
CON ELVIRA ABALLÍ MORELL

Nunca he encontrado a nadie que vea una obra mía y no sienta nada. Deseo que todo el mundo conozca lo que hago y para qué lo hago, que se exponga aquí y en otros países en el exterior. Mis obras se pueden encontrar en museos y en grandes colecciones. Muchas de ellas están a la mano de los espectadores, quienes pueden apreciar y comprender lo que hago en un momento dado. A lo largo de los años, he hecho muchas obras de las cuales no me quiero desprender, pero se hace necesario por diversas circunstancias, principalmente porque creo que la obra de uno debe ser divulgada y no debe circunscribirse al espacio del taller donde se crea. Encerrarlas en mi taller sería un egoísmo de artista.

Nací el 15 de diciembre de 1944, un viernes y en la noche. Eso me interesa mucho porque sé que el viernes es un día importante para pintar más, para tener nuevas emociones y recordar cosas del pasado. Entonces, vivía en Luyanó, en la calle Arango, en una casa muy antigua, muy grande. Ahí comencé mis estudios primarios y secundarios hasta llegar a la época de estudiante de artes plásticas.

Mi infancia fue muy agradable. Desde muy niño, yo quería ser pintor. Mi familia me ayudó muchísimo y me apoyó siempre para seguir pintando hasta que llegué a los estudios de artes plásticas. Conocí desde muy temprano la reminiscencia africana que hay en nuestra cultura y en todos los rituales de la santería. En mi barrio había muchas casas donde se hacían festejos dedicados a distintas deidades del panteón yoruba y eso me fue iluminando cada vez más. Mis familiares, todos muy buenos conocedores de todas estas tradiciones, me servían de mucho apoyo espiritual e intelectual. Así fui creciendo y fui observando todo y deseando decir las cosas que la gente pensaba en ese momento y que nunca había dicho antes.

Cuando tenía diez años hubo un concurso infantil internacional en Japón, auspiciado y convocado por la UNESCO, en el cual participé y fui premiado. Ese premio fue un gran estímulo. Tiempo después ingresé en San Alejandro, la Escuela de Bellas Artes, pero ya había triunfado la Revolución. Yo fui uno de los alumnos para no decir artista porque en ese momento no me sentía artista, sino un alumno más. La escuela de San Alejandro fue maravillosa. Estudié pintura y escultura. Agradezco tanto a los profesores que me incucaron el claroscuro y el color. Además,

me enseñaron a conocer bien la academia. Siempre estaré recordándolos.

Al graduarme de San Alejandro, al principio ya comenzaba yo a hacer cosas muy distintas, rompía los cánones de la academia. Por aquellos años, casi recién graduado, yo ya pertenecía a brigadas de artistas jóvenes, hacía mis exposiciones, y también creaba escenografías pintando cristales con tempera para proyectar escenarios en una pantalla. Fue cuando hice mi primera obra conocida como “Oyá” o “La muerte”, pero realmente titulada *Camposanto, buenas noches*, una tabla larga que está en el Museo Nacional de Bellas Artes.

Desde que comencé estuve muy ligado siempre a todos mis compañeros que me visitaban para conversar de ideas maravillosas, para mostrarles mis obras. Me agradaba hacer una pintura, y cuando estaba terminada que vinieran los amigos a la casa y poder comentarla. Me era muy útil casi desde que comencé a formarme como artista. Así surgió nuestra gran amistad con Rogelio [Martínez Furé], con Nancy [Morejón], con todos esos amigos que comenzaron a hablar también sobre mi obra.

En esa época, lo que me preocupaba era lo que pasaba fuera de mi casa, en todas partes, lo que yo veía, lo que me imaginaba. Con mis compañeros, nos movíamos por toda la Isla buscando distintos rostros e imágenes para plasmar en nuestra obra. Salíamos a la calle, cogíamos el caballete en mano, lo poníamos en cualquier lugar y empezábamos a pintar. Los fines de semana, escogíamos distintos lugares para visitar, algunos barrios marginales, centros de trabajo y hospitales. Hacíamos retratos de gente interesante. Una vez, nos tocó ir al hospital de niños “Pedro Borrás”, otra fuimos al hospital psiquiátrico de Mazorra en donde encontramos personalidades muy atrayentes. Entonces, hice ese cuadro que se llama “Aurora”. Desgraciadamente no lo conservo ya, pero lo tengo en la memoria. Todas esas experiencias fueron alimentándome para que después fueran saliendo ideas, sentimientos, movimientos que aparecen en mi pintura.

Como siempre, yo perseguía todo lo que tuviera que ver con el dulce sonido del tambor. Buscaba toda la magia que la gente lleva adentro, todo ese mundo, tanto del mito yoruba, como del Palo Monte y de todas estas religiones que provienen del África. Me maravillaba cómo la gente mezclaba todo esto con su vida propia y cómo no era una carga, sino simplemente una ayuda para seguir o para vivir el momento que nos tocaba.

Comencé a pintar las historias de los patakines dedicados a las deidades africanas yorubas. Siempre me han interesado en relación con los seres humanos. Son personajes que he amado desde niño. Es muy natural porque están dentro de mí, están en mi corazón. Son mi fe. Soy un sacerdote iniciado en la Santería.

Así, yo he ido dando rienda suelta a mi imaginación, hasta que el discurso se ha hecho cada vez más amplio. Ya no son solo los patakines conocidos los que enfoco en mi obra, sino que ya son mis propios patakines o los que voy a conocer, momentos de la vida, recuerdos de mi vida, de la familia, de los amigos, los que

conocí y los que voy a conocer. Son patakines nunca contados o que se van a contar algún día. ¡Sabe Dios!, pero yo los digo ahora. Claro que cuando hablo no tengo color, no tengo forma, ni movimiento, y si cuento la historia con mis palabras, no es tan hermoso como verlos en una obra. Entonces, mejor que hablar es visualizar los patakines,

Tengo una gran atracción por ese pequeño personaje Eshú [Eleguá], que aparece con bastante frecuencia en mi obra, en forma de un pequeño hombrecito algunas veces con el rostro mío muy grande y otras con dos rostros. En la mitología yoruba, Eshú es el dios del destino, el destino de todos, de los espíritus, de los hombres, de los dioses, de las aves, de los peces. Él todo lo sabe. Él es la respuesta a todo lo que está pasando, aún en el presente. Y como el futuro es tan difícil, puede predecir lo que va a pasar. Eshú también es la energía que rodea todas las cosas. Es como una aureola que tenemos todos, unos más grande, otros más pequeña. Por ese motivo, los bastones de Eleguá se repiten mucho. A veces, hay bastones muy importantes, bastones que no se ven, que son puramente abstractos, pero que hacen falta para sobrellevar la vida y sentirse uno mejor, porque . . . vivir es difícil.

Reconozco que mis influencias son muy variadas y que no se circunscriben solo a la impronta de las religiones africanas. Desde el principio, aún en la época de estudiante, me ha interesado muchísimo beber de las fuentes de todas las culturas, de todas las artes. Me llamó mucho la atención el arte de Egipto y de Mesopotamia, toda la pintura italiana antigua, el Renacimiento completo, también la pintura africana, la pintura de mi gran maestro Wifredo Lam, incluso la que se hace en las ánforas decoradas en rituales de la santería que tenemos en Cuba. Todo esto se fue mezclando con diferentes técnicas, texturas, y me dio cada vez más imágenes, imágenes vivas. Me fui llenando de ideas. Todo esto me fue ilusionando y nutriendo para hacer cosas con una base muy sólida.

Antes del accidente, yo estaba muy entusiasmado buscando y experimentando cosas nuevas, elementos diferentes, soportes distintos y así encontré la madera, el metal y las piedras.<sup>2</sup> Incorporaba todos esos materiales y hacía ensamblajes, figuras escultóricas, para que me sirviera como narrativa de todo lo que yo quería, de todo lo que pensaba sobre este mundo mágico que siempre me acompaña, con estas imágenes que están en las cabezas de nosotros, los caribeños. Pero como resultado del accidente pasé muchos meses en cama y después con muletas. No podía hacer las cosas de antes. Tuve que dejar de trabajar con ciertos materiales y decidí pintar sobre papel con colores, pues sin color estás dormido. Empecé a usar la paleta, tal y como estaba, con colores puros, muy brillantes, rojos, azules, verdes, amarillos. Trabajaba de una manera más serena, usando una gama de colores muy amplia. Trabajé muchísimo, hasta que llegó un momento en que ya tuve que empezar a cambiar. Surgieron las figuras zoomórficas y antropomórficas, los elementos mágicos.

La magia es importante, ¿no?, porque a veces estamos, quizá sentados, quizás caminando, y nos sentimos como en otro mundo. Nuestra cabeza va dando vueltas, pensando en cosas que nos han pasado. Las cosas emanan de una manera brillante o a veces nos dan un gran golpe que nos hace decir “¿pues qué está pasando?” Son cosas del diario, cosas que las tenemos dentro guardadas en un bolsillo de la camisa o del guardarropa y que, por alguna razón, siguen con nosotros.

La música juega un papel muy importante en mi obra. Me gusta mucho, pero mucho. A veces no pinto, pero escucho música. Quisiera ser músico. No lo soy. Creo que, de no haber sido pintor, hubiera sido músico. La música me ayuda, me acompaña, me hace meditar. Me entusiasma. Me hace falta. Me hace ver las cosas un poquito más claras. Por esta razón, estoy escuchando música siempre. Cuando no tengo nada dentro, la música me empieza a llenar de elementos, de recuerdos de cosas que estaban guardadas hace años, no sé en qué cajón, no sé en qué maleta o en qué bolsillo de un pantalón. Pero la música las saca y las trae a mí. Me agrada toda la música, toda, desde el sonido del tambor hasta el sonido del arpa, de la guitarra o del violín. Pero soy mozartiano. Me gustan los clásicos, los románticos también, pero, usualmente, escucho a Bach, Mozart o Haydn. También me gusta el jazz, el bolero, y de ahí hasta el yambú, una danza de origen africano. Todos los sonidos hermosos me cautivan y pienso que mi pintura también tiene cierta ritmática, cierto movimiento, cierta sonoridad como las notas musicales.

El movimiento es algo que prevalece siempre en mis trabajos. Cuando pienso en Cuba, pienso en el movimiento, los árboles se mueven, las aves vuelan, los peces se trasladan, la gente se desplaza. Me interesa que a veces las figuras entren y salgan, que se pierdan, que se unan al color y del color surja otra imagen. Siempre persigo que las líneas y los tonos sean sutiles o que comiencen de una manera violenta, pero que después todo se vaya desvaneciendo, que sea algo muy orgánico, que se funda una cosa con otra, que haya una transición. Es fundamental que haya dulzura al expresar. Busco que nada sea dicho con agresividad sino lentamente y así obligo al público a que pueda penetrar en la obra de esta misma manera.

Todas las técnicas me entusiasman según el estado de ánimo, según las ideas, según el momento de concepción. Quisiera hacerlas todas. Hay momentos en que digo: “hay que dibujar”. Voy dibujando y van apareciendo las imágenes y voy pensando en el escenario, en el fondo del cuadro, en las texturas. En otros momentos, quiero hacer acuarelas, hay que hacer acuarelas. Un día quisiera hacer un pastel, otro quisiera hacer un carboncillo, otros, quisiera hacer un óleo o un acrílico. Entonces, debo hacerlos. Si voy a hacer una escultura en barro, tengo que modelar para después hacer todo el proceso de vaciado para llevarlo al bronce. Es un proceso más demorado que se disfruta muchísimo. Pero es muy distinto a coger un pedazo de papel, un lápiz y hacer un boceto . . . ¡Eso es lo que más me inspira, lo que más me subyuga! El boceto se hace primero cuando surge la idea y después al final, con el resultado de la obra, saber que estoy conforme con ella y que todo el mundo entiende mi palabra. Eso es lo más importante.

Yo soy pintor. Mi pintura es muy pensada. Yo nunca pinto por pintar, no pinto por entretenimiento. Para mí pintar es como respirar porque si no muero. Tengo que pintar porque necesito vivir. Estoy pintando para ir diciendo cosas importantes. Sí, yo pinto, pero realmente no me puedo separar ni de la pintura, ni de la escultura. Siempre estarán unidas, aunque prefiera la pintura. A veces hago cuadros con sentido escultórico con un poco de relieve. Frecuentemente cuando hago escultura, busco la policromía, o sea, no me puedo divorciar del color aún cultivando la escultura como forma de expresión. Siempre estoy mezclando escultura con pintura, pintura con escultura. Claro que en los años noventa, surgieron los bronce sin color y con imágenes de rostros, de maternidad, del carnero de Changó, de un hombre que tiene un ave dentro, una cabeza con un pájaro como corona, una cabeza que se la lleva el viento, que se la llevan las alas, que se van. Un pensamiento libre para que la gente se recree.

Después de viajar a África, comencé a hacer pintura corporal y *performance*. Las experiencias de pintar la piel y pintar una tela o un papel son muy distintas. El pintar la piel del cuerpo humano tiene otra dimensión, una magia muy especial. Cuando trabajo con el cuerpo humano a la hora de usar la textura de la piel es algo para mí delicioso, ¡maravilloso! En un momento dado, cuando estoy pintando y el modelo mueve un músculo, lo contrae, la pintura cobra una vida distinta. Comienza a vibrar. La pintura corporal me permite transformar un poco lo creado por el gran Señor. Voy creando nuevos personajes en un cuerpo, pues debo adaptarme a la forma que me brinda el soporte que puede ser una pierna, un brazo, una mama, un vientre o una mejilla. Entonces, puedo lograr imágenes y hacer que un brazo se convierta quizás en un ave o en un pez, transformar una mama y que sea la cabeza de un ser humano, y después usar todo lo que es vientre y pierna y crear otro ser viviente, que la espalda pueda ser entonces, ¿por qué no? una mariposa. ¡Es ideal!

El *performance* es otra cosa, es una acción interdisciplinaria. No es simplemente hacer un boceto, ni un acrílico ni una escultura. Cuando voy a hacer un *performance* antes debo hacer una serie de bocetos, quizás pinturas y esculturas que van a acompañar al *performance*. En este ejercicio artístico se conjugan: la escultura, la pintura, la música, el baile, el teatro, la escenografía, la poesía, los sueños y hasta la magia. Además, el público participa y todo el mundo se vuelve personaje de mi cosmogonía. Se escogen los modelos a veces con máscaras o con cabezas, frecuentemente bailarinas que representarán personajes mágicos, y comienzo a pintarlos con una idea central, porque el *performance* como un cuadro cuenta una historia, tiene tema y título. Por ejemplo, puedo inspirarme en un sueño, en una deidad, en el mar, las palmas, las aves. Si el *performance* va a ser con aves, entonces vamos a pensar en las aves que tenemos acá, imaginemos su color, cómo vuelan, para qué vuelan, a dónde van. . . . Siempre imaginando a las aves volando en el cielo de un azul muy hermoso . . . así surge el *performance*. Todo esto acompañado de elementos pictóricos que pueden estar presentes o quizás yo

pintando en ese momento con el público allí mismo al lado mío integrándose a lo que estoy haciendo. En fin, es toda una experiencia muy interesante de conjunto, en la que puedo crear formas muy distintas y hacer que el público se inserte cada vez más en mi mundo, es decir, en mi mundo mágico.

Mi casa se llama Manto Blanco porque el blanco es la pureza. Decidí vivir aquí porque este lugar me satisface muchísimo. Es bellissimo, maravilloso. Todo es grandioso, encantador, así como el paraíso. El paisaje me absorbe totalmente. Todo puede ocurrir. Me siento feliz trabajando aquí, viviendo con la naturaleza, con los animales que me rodean, con todo ese mundo que existe a mi alrededor. Creo que también está presente en mi obra, pero no solamente después que llegué aquí, antes estaba presente, pero no lo tenía. Aquí he encontrado toda una serie de elementos que favorecen mi creación, que me apoyan, me nutren. El color es increíble, los bosques, los verdes que veo aquí, . . . frecuentemente hago un cuadro sobre la foresta—he tocado ese tema muchísimas veces. Busco desesperado los verdes—colores que están dentro de mí mismo—y, a veces, no logro llevarlos a la tela porque no puedo expresarlos. Pero al final quedo complacido, aunque quizás no haya logrado ese verde, pero logré otros con la luz que quería, el espíritu que quería, el sentimiento que quería transmitir. Es algo muy especial, no sé. . . . Yo puedo estar en la ciudad, claro, me gusta la ciudad también, pero para trabajar, descansar, meditar, prefiero este espacio.

Cuba es mi naturaleza, porque cuando pienso en la naturaleza, pienso en Cuba, pero también pienso en África, en mi Gran Mamá África. He hecho muchos viajes a África con mi equipo de siete u ocho personas. Esos viajes significan tanto . . . significan estar ahí cerca del principio, de la madre tierra, del gran árbol. Nuestro color es el color que viene del África porque nosotros también somos bronceados, terracota, como la tierra. Poseemos todo un mundo que viene del África. Nuestros antepasados africanos nos han dejado un legado muy importante. Heredamos una filosofía, una cultura muy especial que se convierte también en mito y nos hace sentir una serie de emociones maravillosas, que cada vez invaden más la Isla y el mundo. Son los sueños. Son las musas. Son energías, que no conocemos y que no sabemos cómo son, pero que son vivificantes y son la razón de vivir. Eso me ha ayudado muchísimo y me seguirá ayudando siempre. Las energías que vienen de allá, que están aquí ahora y las nuestras que se van para allá y van y vienen permitiéndome experimentar muchas cosas hermosas. Allí descubrí maravillas, llenas de magia. He comprendido formas, imágenes, secretos e ideas, y todo esto ayuda a que yo haya creado este mágico mundo mío, esta cosmogonía que tengo hoy en día.

Yo soñaba siempre con esto que tengo ahora, tener la naturaleza aquí a mi lado, tocarla, palparla, sentirla. Antes era distinto, no es que fuera fría, no, pero me faltaba algo, tenerla cerquita porque cuando uno quiere tener algo, desea tenerlo cerca. Esto me brinda la posibilidad de estudiar cada color, sus tonalidades, las formas tan caprichosas que puedan tener las hojitas, los frutos, las raíces, los

insectos que puedan estar aquí en la tierra. Todo lo que vibra, todo lo que aquí es posible, todo lo que después nos va a alimentar a nosotros y eso es muy importante tenerlo y poderlo imaginar de la manera que uno quiera ¿no? Y es por eso que en toda mi obra aparece un detalle de la naturaleza, un árbol, o una pequeña hoja, algo que te dice que el escenario en que estamos es éste, la tierra que es tan hermosa.

La naturaleza está llena de personajes que están con nosotros, que nos impulsan, nos apoyan y nos dan luz para ver cosas que quizás no vemos en otro momento. La flora y la fauna. Los peces, las aves, todos los animales, todo se integra de una manera muy especial. ¡Sí, sí, sí! Las figuras, unas que nacen de otra, unas que vuelven a la otra, otras que van, que vuelven al color, al fondo del cuadro, o al infinito. El mundo de las aves me motiva muchísimo, aparece siempre en mi obra. Lo mismo puedo decir de mi atracción hacia los peces. Donde quiera los peces están presentes. Los peces que yo pinto, tú sabes, puede ser un pez y puede ser un ave, puede ser un pez y puede ser un árbol, porque todo se integra, todo se une.

Muchas veces me preguntan: “¿por qué los peces? ¿por qué las aguas?” A veces les respondo: “Bueno . . . los peces porque sí, las aguas porque quizás puedan ser los recuerdos, los sueños no logrados, las lágrimas”. ¿El agua? ¡ah! una casa, como el aire, como el cielo, otra casa, como la tierra que también es nuestra casa. Siempre he usado las aguas. Los misterios del agua, las energías del agua son muy importantes para mí. El agua está en todas partes. En la ciudad, hay agua. Creo que está aquí, está en la casa, está en mi habitación. Tiene habitantes misteriosos y muy mágicos que nos acompañan también en la tierra y en el cielo. Esos son los peces que yo pinto y que pueden ser un pez y, al mismo tiempo, un ave o un árbol. En mi pintura aparece una cabeza de ave, un hombre-ave, un hermano-ave . . . un ave se vuelve hombre y vuelve a ser ave, un gallo se convierte en hombre con un pez encima de la cabeza. Al final, se convierte en un personaje que es ave y es hombre a la vez porque todo se integra, todo se une. El ave es para mí como el viento, como esa agua fluida que corre limpia, libre, impecable y pura, sin una mancha.

De un pez puede salir un ave y del ave surgir un hombre y del hombre surge un espíritu. El espíritu puede en ese momento ser una idea. El espíritu es la fuerza más importante que sostiene a cada ser humano. Es el escudo y la lanza que no tenemos y sin embargo está con nosotros. El espíritu es la persona amada, es el recuerdo. Es la idea hermosa que se mantiene siempre viva en nuestra mente, que nos impulsa y nos hace meditar.

Los espíritus son las energías, son nuestros antepasados que siempre están con nosotros y nos ayudan porque la vida no termina con la muerte. Todo continúa, es un ciclo y nosotros seguimos acá en medio de esta maravilla que es la naturaleza. La energía espiritual es el principio y nunca es el fin. Todas las energías que están en el espacio son importantes porque están junto a nosotros aquí, a diario, y nos alimentan. Quizás hay personas que no las ven, ni las sienten, ni las conocen o no quieren conocerlas . . . ¡qué pena! ¡Pero yo sí!

Cuando pinto, trato simplemente de decir las cosas que sueño, las cosas que sueñan los demás y todas las maravillas que nos rodean en este gran escenario que es la naturaleza. Pienso que la naturaleza es la misma. Sin embargo, cada vez que me despierto y abro los ojos, veo algo distinto. Veo el amanecer y comprendo que nunca se parece al anterior. Siempre los amaneceres tienen algo distinto: un color distinto, un sabor distinto, una melodía distinta. Vengo haciendo cosas muy disímiles que tengo que expresar de manera hermosa. La naturaleza puede ser aquí más verde o más caprichosa, en otro lugar, quizá un poco más árida, pero siempre es mi inspiración, es mi gran teatro, mi gran amiga, sin ella no soy nada. Todo surge de la naturaleza y termina con ella. Creo que el mundo es uno solo. Todo se relaciona. Los seres humanos nunca están solos. Todos los hombres somos uno.

Las cabezas me inspiran también muchísimo, aunque a veces me hacen sentir también confundido. Sé que aún tengo mucho que aprender y me mantengo siempre investigando mirando mucho y meditando para ir llenándome de cosas y que un día salgan todas. Entonces vamos a cerrar los ojos y vamos a crear. Claro, lo importante es encontrar la forma de hacerlo de manera hermosa. Tratamos siempre o, por lo menos, yo trato siempre de que todo sea más hermoso para que haya un momento de felicidad. Embellecer la vida es mi gran objetivo. Es algo que está dentro de mí y es mi fe. Siempre he tenido la suerte de encontrar la luz, de tener luz y cuando no la tengo o no la he encontrado, llega alguien que me la brinda, gracias a Dios.

Para mí lo más importante es decir justamente lo que siento, lo que deseo, la verdad. No puedo mentir, no me puedo engañar a mí mismo y tengo que ser sincero con todo lo que yo haga. Cuando estoy pintando soy tan sincero . . . Pura sinceridad para que nazca todo lo bello, todo lo que se puede dar, todo lo que se puede hacer, todo lo que se puede crear o lo que se puede soñar. Hasta el más simple boceto siempre tiene algo de verdad o algo de lo que en ese momento estoy pensando. Quizás hablando, una conversación pueda ocultarle algo. Seguro. Quizá no le diga lo que deseo, pero cuando estoy pintando, sí, tengo que decirlo todo. Es la única forma que tengo para decir todo lo que siento. Espero que todo el mundo lo comprenda. Espero que Dios nos ayude y que haya tiempo para hacerlo todo.

### Nota

<sup>1</sup> Manuel Mendive (La Habana 1944), el más reconocido artista plástico cubano contemporáneo, es un sacerdote de la santería cuya espiritualidad permea toda su obra. Egresado de la Academia de San Alejandro, su obra ha sido premiada en las Américas y Europa. Inagotablemente, crea en varios géneros, dibujo, pintura, pintura corporal, escultura blanda y en metales y maderas, tapiz, instalaciones y performances. Este testimonio es el resultado de largas entrevistas filmadas durante cinco años para su documental: *El mundo mágico de Mendive* (2015). (<https://www.youtube.com/watch?v=fKpy4XMHxI>).

<sup>2</sup> Mendive cayó, por accidente, debajo de la rueda de un ómnibus el 11 de febrero de 1968. A consecuencia de esto su pie derecho fue amputado. De acuerdo a Nancy Morejón, este acontecimiento delimita nuevas fases de su obra plástica y conmueve su visión del color entrando en una etapa explosiva, de colores subidos, que no estaban antes en la paleta de este artista (entrevista inédita). El propio Mendive le comentó a Morejón que si no hubiera sido por ese accidente hubiera seguido pintando lo mismo, con colores ocre y carmelita.

### Figuras



Fig. 1. Manuel Mendive. *Barco negro* (1976). Placa sobre madera. Foto: Cortesía del artista.

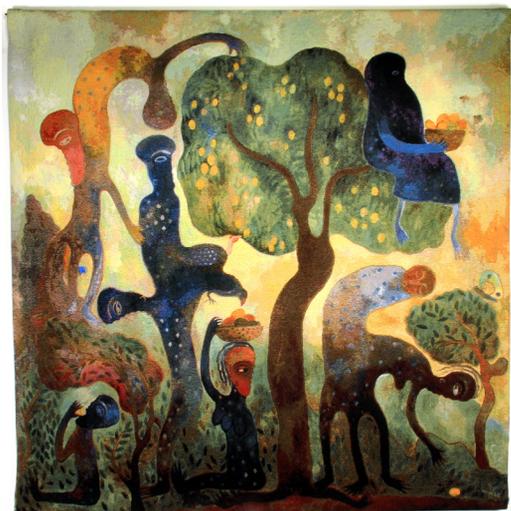


Fig. 2. (izquierda) Manuel Mendive. Serie *Árbol del mango II* (2013). Tapiz de Jacquard. Foto: Jeffrey B. Wilcox

Fig. 3. (derecha) Manuel Mendive. *Puedo Soñar* (2009). Técnica mixta. Foto: Jeffrey B. Wilcox



Fig. 4. Manuel Mendive. *¿Por qué no me respondes?* (2014). Acrílico sobre tela. Foto: Jeffrey B. Wilcox



Fig. 5. Manuel Mendive. *Ellos meditan* (2015). Acrílico sobre tela. Foto: Jeffrey B. Wilcox



Fig. 6. Manuel Mendive. *Conversando* (2015). Acrílico sobre tela. Foto: Jeffrey B. Wilcox



Fig. 7. Manuel Mendive. Serie *El espíritu, la naturaleza y el cuerpo* (2015). Acrílico sobre tela. Foto: Jeffrey B. Wilcox



Fig. 8. (izquierda) Manuel Mendive. Serie *Paños I* (2013). Acrílico sobre tela. Foto: Jeffrey B. Wilcox



Fig. 9. (derecha) Manuel Mendive. Serie *Paños II* (2013). Acrílico sobre tela. Foto: Jeffrey B. Wilcox



Fig. 10. Manuel Mendive pintando el cuerpo de una joven (2013). Foto: Juanamaría Cordones-Cook.



Fig. 11. Detalle de la figura 10. Foto: Juanamaría Cordones-Cook.



Fig. 12. Manuel Mendive pintando el cuerpo de un joven (2013). Foto: Juanamaría Cordones-Cook.